

EDUARDO LIZALDE

## NERUDA, RÍO

Todos los grandes poetas y creadores literarios, son ríos que van al mar, los mares de las distintas lenguas de la historia. Pero los ríos mayores todo lo inundan y sus aguas brillan más que las otras en el vasto oleaje de la literatura: son ríos mayúsculos Homero, Dante, Shakespeare, Cervantes, Dostoievski, Balzac, o Whitman, Darío, García Lorca y no sé cuántos más. Y después de Darío, precisamente Neruda es el más grande río americano de su lengua. No el único, ni el más perfecto acaso, pero sí el más vasto y asombroso desde su nacimiento.

Ciertas obras tienden a imponerse por su misma abundancia. El fluir de ritmos y palabras, parecido a la marcha de las grandes aguas desbordadas, acaba por vencer la resistencia que todo lector lúcido opone a la embriaguez verbal. Río de imágenes, serpiente de fulgores y oscuridades, el poema se abre paso, avanza y, de pronto, echa a volar cubriendo con sus dos alas la conciencia adormecida.

Eso escribe Octavio Paz, creo que pensando en un tipo de poesía como la de Neruda, en contraste con otra estirpe lírica opuesta, como la de José Gorostiza, cuya obra, concluía Paz, «reducida hasta lo exiguo, es más silencio que voz».

Y claro, los grandes ríos ofrecen todo género de parajes, y en su curso, hallamos paisajes desolados, sucios, y riberas insalubres, como también panoramas de pasmosa belleza, y lo mismo sucede con los poemas y las obras de proporciones colosales.

Hemos escrito tanto sobre Neruda y tanto lo hemos leído, que no quiero en estas páginas en su homenaje resistirme al rescate cuando menos de dos breves notas publicadas en 1973 (a la hora de la muerte del poeta) y otra de 1993 en artículos, al conmemorarse dos décadas de su desaparición dispersos en diarios y revistas.

También rescato, para terminar, otro escrito inédito, unas palabras pronunciadas en la embajada de Chile en México, en 2004, durante la conmemoración del centenario del nacimiento de Neruda.

#### NERUDA, CANSANCIO Y MUERTE.

*EXCÉLSIOR. REVISTA DE REVISTAS, 10-X-1973*

Sucede —bien lo dijo el gran poeta—, que uno se cansa de ser hombre. La muerte de Neruda, ocurrida precisamente en el momento en que ocurre, parece un signo trágico de cierta muerte paralela: la del optimismo de la cultura.

¿No es la poesía de Neruda, hasta en sus más amargas diatribas, una poesía del optimismo?

A lo mejor es ese optimismo lo que impulsa a discrepar de una importante sección de su poesía. A lo mejor parten de ahí las discrepancias políticas (dentro del mismo bando) que muchos mantuvimos frente al poeta; discrepancias graves que no parece la hora oportuna de recordar, y que en nada empañan la grandeza y profundidad de la obra artística de Neruda. Cómo habrían de hacerlo.

Muere el gran optimista a la hora del desastre mayúsculo de su pueblo, masacrado y pisoteado por miserables esbirros y traidores almidonados. Muere cuando parecen cerrarse to-

das las puertas y cuando las perspectivas son más turbias que nunca para los chilenos, y porque lo son para ellos, lo son también para la mayor parte de los latinoamericanos.

¿Cómo murió realmente el poeta? Tal vez su mala salud extrema le permitió aún recibir, minuto a minuto, las noticias hirientes de la catástrofe; el bombardeo del Palacio de la Moneda y de la Casa Presidencial (por cruenta ironía urbana situada en la calle de Tomás Moro), el sitio criminal del presidente y su digna muerte a manos de la hedionda Junta Militar chilena.

¿Alcanzó a ver Neruda la invasión de su casa, el saqueo, la destrucción de sus libros y cuadros, sometido por la enfermedad a la rabia y la impotencia?

La última noticia que leo al redactar esta nota es del 9 de octubre. Se dice que la casa de Isla Negra fue incendiada al amanecer del día 24 de septiembre, a pocas horas de la muerte de Neruda. Ya estaba enfermo el poeta la última vez, entre las muy pocas que yo llegué a verlo en veinte años, cuando lo hallé en Caracas. Se instalaba en esa ciudad el Congreso de Escritores de 1970.

Por ausencia del poeta Pellicer me tocó entonces la honra accidental de leer en el Ateneo de Caracas unos textos míos junto a Neruda. De los seis poetas que leían en ese recital han muerto tres, contando Neruda. Sara de Ibáñez y León de Greiff fueron los otros.

El público iba antes que nada a escuchar a Neruda, aunque estuvieran ahí Molinari, Otero Silva y la misma Sara, que leyó admirablemente aunque se hallaba al borde de la muerte, y era tan bella como debió de serlo en su juventud. Para mi gusto Neruda leyó maravillosamente (como Sara), con esa espantosa voz lenta que hizo características sus lecturas; con esa voz fascinante que Luis Cardoza llamaba con acierto «voz de boa constrictor». El poeta leyó largo, y el público quería verlo y oírlo solo a él. Pidió una silla. Comprendí que estaba herido como Sara, por la misma atroz maldición, y

que era un agonizante como ella. Pero Neruda era una estrella esplendorosa y resultaba difícil acercarse a él, a través de las multitudes de cazadores de autógrafos.

No se me ocurrió entonces que su muerte fuera tan triste y horrenda como lo fue.

Ahora que se piensa en la forma en que ha muerto, y en el aciago tiempo chileno en que ha muerto, no dan ganas sino de haber estado ahí, en Isla Negra, para llorar o morir con él cuando menos.

Es triste también tener que declarar que la hora de los poetas oscuros, ajenos por completo al optimismo, está empezando, contra nuestra voluntad.

#### NERUDA A LA DISTANCIA.

MÉXICO, 1993

Murió Pablo Neruda, —hace dos décadas— tras el sangriento golpe consumado en Santiago de Chile contra el iluso y heroico gobierno de Salvador Allende, acribillado en la Casa de la Moneda. La casa de Neruda en Isla Negra, hoy rehabilitada por el conciliador gobierno democrático en turno, fue saqueada y asaltada entonces por los golpistas, cuyos jefes militares se sobreviven en el poder.

No alcanzó el poeta a cumplir los setenta años, pues nació en 1904, y solo dos años antes (1971) recibió el Premio Nobel de Literatura. Su generación era exactamente la de Lorca, Alberti, Cernuda; la de los Contemporáneos en México.

Lo vi por última vez en el Congreso de Escritores en Caracas (1970).

El golpe chileno se veía venir, y unas horas antes del mismo, cenábamos en casa de Luis Cardoza y Aragón un pequeño grupo de personas, entre ellas Pablo González Casanova (que acababa de renunciar a la rectoría de la Universidad de México, debido a una intolerante revuelta sindical) y Gabriel

García Márquez, amigo de Neruda y de Allende, que volvían de Santiago preocupados por la situación política.

En 1967, durante una cena posterior al homenaje que en ese año se rindió a Neruda en la Universidad de México, tuvieron José Revueltas y Neruda creo que el último encuentro de su existencia, del que fuimos testigos y secundarios participantes el poeta Raúl Leiva (que consignó el incidente en una reseña), Juan Bañuelos, creo que Marco Antonio Montes de Oca y el que esto escribe. Ahí se discutió con Neruda (a propuesta capitaneada por Revueltas), cordial pero enérgicamente, la necesidad de que abogara, con su autoridad y su presencia intelectual, por el cese de las persecuciones contra escritores y disidentes de toda clase y profesión que el neoestalinismo continuaba consumando en Rusia, en China y en todas las democracias populares. Neruda se despidió especialmente de Revueltas con abrazos y lágrimas en los ojos, con la promesa de emprender una nueva lucha por los derechos humanos en los países socialistas.

Nunca dejamos de admirarlo como el gran poeta que era y sigue siendo, pero amargas fueron las discrepancias por su debilidad y su complacencia con los regímenes totalitarios de sus amados países socialistas. Injusto e irreal sería, pese a todo, suponer que la estrella poética de Neruda, y su inmensa fama internacional, fueron solo posibles gracias a su incondicional deferencia con la línea «histórica» y dura del socialismo: ¿cuántos serviles sectarios o militantes poéticos del mismo tono habrían logrado lo mismo?

Neruda es indudablemente uno de los poetas de condición extraordinaria, de lengua inimitable (los que la imitaron se hundieron en el intento) y de mayor presencia. «Gran mal poeta», lo llamó con agudeza Juan Ramón Jiménez en sus *Españoles de tres mundos*, en la brega política con el chileno. Buena bandera la del también grande Juan Ramón, porque Neruda desbarraba a veces, con frecuencia a propósito, para lanzar la musa a la revolución, como la fe

se lo imponía. Bastan de todos modos sus poemas maestros, que son muchos, para que nadie pueda poner en duda su genio y su personalidad literaria inconfundible. No era el único entre los complacientes, pero, ¿qué poeta grande es a lo largo de su obra entera pleno sol?

Conmovedora y nuestra, y bellísima es la obra de Neruda, en la que se puede seguir bebiendo sin mirar a sus imitadores, y sin imitarla. Pudo continuar haciéndola; y hay más poesía y menos paja doctrinaria en ella que en la de otros más longevos y prolijos contemporáneos suyos, de distintos continentes.

Cardoza y Aragón (de quien fui amigo muchos años, y de quien también me distanciaron tristes diferencias ideológicas), me decía hace unos diez años en su casa: «¿No se verán las cosas que hoy escribimos tan mal como se ven algunos dislates y tropezones de algunos ilustres que antes nos parecían perfectos?» Era lúcido Cardoza, lo fue siempre. Hablamos muertos de risa de los literatos que pasarían por el ojo de la aguja, por la puerta estrecha al cielo de la historia literaria, y también de los camellos disfrazados de sifides que nunca cruzarían por ese umbral celeste. La poesía de Neruda ya pasó por el ojo de la aguja; sus convicciones políticas, que también fueron en un tiempo las nuestras, se quedaron afuera junto a la caravana dromedaria.

MADRID, 1934

Pasmosa desde la auténtica infancia y la adolescencia en Temuco fue la disposición literaria y la vena excepcional de Nefthalí Ricardo Reyes Basoalto, que publica sus primeros textos y poemas a los 13 y los 14 años de edad, y ya obtiene premios en juegos florales del Maule y en otros concursos a los 15 y a los 16.

Pero mucho más sorprendentes son los libros que escribe a partir de esos años, ya con el definitivo seudónimo de

Pablo Neruda, en los que se comprenden las páginas de *Crepusculario*, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, que con traducciones de textos de Anatole France se editan en 1923 y 1924. El poeta veinteañero siembra su firme planta desde entonces en el panorama poético de la lengua española, probando una madurez fuera de serie y empezándose a hombrrear con sus grandes predecesores latinoamericanos, el peruano Vallejo y el chileno Huidobro, más de una década anteriores en edad al autor de *El bondero entusiasta*.

Su carrera meteórica de creador y de viajero se dispara brillantemente desde esa época temprana de su vida, y ya desde junio de 1927 es nombrado cónsul ad honórem, en Rangún, Birmania, cuyo lejano destino aprovecha para visitar primero Lisboa, París y Madrid, donde la *Revista de Occidente* comienza a hospedar regularmente sus crónicas.

No quiero extenderme en ese largo periplo, pero sí hay que recordar que el salto mayor de la fama y el reconocimiento internacional de Neruda se produce a partir de octubre de 1933, cuando el chileno, cónsul de su país en Buenos Aires, se encuentra en esa ciudad con Federico García Lorca, y donde ambos celebran la gloriosa figura fundadora y paterna de Rubén Darío.

Rodeados estaban en su espléndida generación, tanto el chileno como el andaluz, de poetas mayores, tan grandes como ellos, en la península, en México, en Latinoamérica entera, como los Alberti, los Cernuda, los Jorge Guillén, los Gorostiza, los Pellicer y otros tantos. Aunque no quepa duda de que el especial favor de las musas, la gracia personal, y el genio hizo, cuando menos en el campo editorial y el crítico, que la obra de esos dos superdotados, ambos *primus inter pares*, se difundiera y destacara temporalmente sobre las otras, hoy sabemos que lo mismo eminentes.

Lorca, natural visionario, percibió desde entonces la singularidad y la potencia del poeta, que ya se hallaba desde 1925 trabajando en su grandiosa *Residencia en la tierra* (1933):

La América española nos envía constantemente poetas de diferente numen, de variadas capacidades y técnicas [...] que dan al idioma español una riqueza única [...]. Pero no todos estos poetas tienen el tono de América [...]. En los grandes cruje la luz ancha, romántica, cruel, desorbitada, misteriosa, de América [...] [donde] la poesía de Neruda se levanta con un tono nunca igualado [...]. Yo os aconsejo oír con atención a este gran poeta...

\*

Y lo mismo diría, después de la edición de *Residencia en la tierra* (1925-1935) el ilustre humanista Amado Alonso que publicó en 1940 el extenso ensayo titulado *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, donde afirma sobre ese libro: «[el poeta] inicia una extraña modalidad poética, cuya característica interna es el ímpetu de la emoción y el decisivo enfrentamiento del hombre ante su existencia, y la externa, el hermetismo de las expresiones [...] una poesía escapada tumultuosamente de su corazón, romántica por la exacerbación del sentimiento, expresionista por el modo eruptivo (de manifestarse), personalísima por la carrera desbocada de la fantasía y por la visión de apocalipsis perpetuo que la informa».

Hemos vivido los de mi edad (más avanzada hoy que la del chileno al morir) desde muy jóvenes en el mar de la poesía nerudiana, con cuyo genio fue preciso permanentemente luchar en América para escribir algo nuevo y digno de ser llevado a la página impresa.